

posición de sus propios cuadros. Al mencionar la palabra «críticos» en la narración, aprovecha la oportunidad para decirnos todo lo que piensa de ellos:

«Es una plaga que nunca pude entender. Si yo fuera un gran cirujano, y un señor que jamás ha manejado un bisturí, ni es médico ni ha entablillado la pata de un gato, viniera a explicarme los errores de mi operación, ¿qué se pensaría? Lo mismo pasa con la pintura. Lo singular es que la gente no advierte que es lo mismo, y aunque se ría de las pretensiones del crítico, escucha con un increíble respeto a esos charlatanes. Se podría escuchar con cierto respeto los juicios de un crítico que alguna vez haya pintado, aunque más no fuera que telas mediocres. Pero aun en este caso sería absurdo, pues ¿cómo puede encontrarse razonable que un pintor mediocre dé consejos a uno bueno?» [24 y 25].

Luego prosigue anotando lo que imaginó con respecto a un próximo encuentro con la muchacha y analiza todas las posibilidades que tenía de volver a verla. En primer término debe descartar la idea de encontrarla en un salón de pintura, porque, nos dice, «yo nunca iba a salones de pintura». Se siente obligado a contarnos el porqué de su ausencia de dichos lugares. Pero teme—siempre está temiendo nuestras malas interpretaciones—que no valga la pena explicarlo. Sin embargo, lo hace: no desea que crean, si no da una disculpa, «que es una mera manía, cuando en realidad obedece a razones profundas» [20]. Pues bien, no va a salones de pintura porque odia a la gente reunida:

«Detesto los grupos, las cofradías, los gremios y en general esos conjuntos de bichos que se reúnen por razones de profesión, de gusto o de manía semejante» [20].

De inmediato se detiene a justificar esta actitud:

«Esos conglomerados tienen una cantidad de atributos grotescos: la repetición del tipo, la jerga, la vanidad de creerse superiores al resto de los hombres» [20].

Al referirse a la «repetición del tipo» aprovecha para darnos a conocer su molestia por todo lo que sea repetición y nos relata una experiencia amorosa que cae en lo patológico: huyó de una mujer porque, al conocer a la hermana, comprobó que los rasgos de la otra aparecían «repetidos» en ella, pero caricaturizados.

La remembranza de este suceso lo obliga a referirse de inmediato a las «deformaciones de familia», y ellas le recuerdan a los pintores

que imitan a otros, que tratan de «repetirlos». Sin embargo, no olvida que está hablando de los grupos humanos y que él mismo, en segundo término, mencionó como desagradable en ellos su «jerga». Este término lo asocia de inmediato con el psicoanálisis, el comunismo, el fascismo y el periodismo, todos los cuales le son «repugnantes». Y aprovecha, naturalmente, para relatar una experiencia que fundamenta su aversión por esta clase de gente. Al contárnosla, aparece la palabra «lenguaje» y no desperdicia la oportunidad de demostrar-nos su pudor: le molesta el lenguaje obsceno, tanto que una vez sintió deseos de huir de una fiesta de psicoanalistas porque una dama, con un desparpajo que él consideró inadmisibile, dijo a un colega:

—«En ese sueño domina el símbolo fálico.»

En este disgusto, que revela ante cualquier tipo de lenguaje en que se mencionan los órganos sexuales, se nos antoja ver una manifestación de la claustrofilia (entiéndase el término en sentido figurado) de los cerebrotónicos, quienes acusan molestia por todo lo que sea exposición demasiado abierta del alma o del cuerpo. No les agrada dormir ni nadar desnudos: menos les agradará, entonces, que se mencionen en voz alta o con descaro los órganos de la reproducción.

Cabe hacer notar que todo esto, y mucho más que pasamos por alto, lo dice Castel debido a que trata de explicar por qué era imposible que reencontrara a María en un salón de pintura.

Así es todo su relato, y además de su incapacidad para concentrarse en lo que cuenta y para dejar de lado lo que no interesa, evidencia desde el primer párrafo un apasionamiento terrible, apasionamiento que se revela, especialmente, en el tipo de adjetivos que emplea. Para él el presente es «horrible» y el mundo también (y esto es tan seguro, que no se da la molestia de dar razones); el dialecto de los críticos es «insoportable»; los pintores que imitan a un gran maestro son «malhadados» e «infelices»; el psicoanálisis, el comunismo, el fascismo y el periodismo le resultan «repugnantes»; los críticos de arte, todos, son «cretinos»; la humanidad entera, «detestable», etc. Asimismo, sustantiva adjetivos similares, de significación demoledora y despreciativa, para referirse a los otros seres humanos. Comúnmente, la gente para él es lo peor que se ha creado. Los grupos de hombres son «conjuntos de bichos»; los críticos «una plaga que nunca pude entender»; el primo de María, a quien ve por primera vez, «un abúlico y un hipócrita», etc.

La molestia que le causan las otras personas es producida, a veces, por un detalle físico que él agiganta y siente venírsele encima;

«Comenzaba a irritarme un lunar con pelos negros que esa mujer tenía en la mejilla», dice, cuando relata su infructuosa vuelta al correo en demanda de devolución de una carta insultante que acaba de certificar.

Castel conoce estos y otros defectos suyos, incluso su afán por los detalles («Me emocionan los detalles»; «Me fijó mucho en los detalles»); su ambivalencia afectiva que linda en la esquizofrenia; su nerviosidad; su propensión a la cólera; su honradez para arrepentirse y confesar sus culpas. Conoce, y de sobra, su crueldad en el amor, su desconfianza, su sociofobia y su demofobia. Lo único malo es que parece no percibir que su personalidad sufre un trastorno que tal vez un médico podría aliviar...

Castel es, pues, un individuo para quien su propia psiquis no encierra misterios. Pero sí para todos los demás, incluso para María, que, siendo tal vez la única persona que ha logrado conocerlo un poco, no percibe hasta qué punto se encuentra junto a un hombre peligroso. Seguramente, los que lo rodean piensan que es un individuo convencido de su propio valer, que se aparta de todos por considerarlos inferiores. Es probable que nadie capte que se encuentra frente a un ser angustiado y consumido por la hostilidad ajena y por un complejo de inferioridad.

La esquizotimia y la cerebrotonía castelianas se nos revelan, además, en su insociabilidad, en su hermetismo y en su reserva. Como muchos esquizotímicos que huyen de la sociedad, ha buscado un medio para contrarrestar la soledad practicando un arte: la pintura. En ella ha triunfado, pero no le concede importancia a su éxito, pues piensa que quienes critican su obra ni siquiera la entienden.

Su intelecto permanece en constante ebullición. Nos impresiona cómo un hombre que ha pensado mucho y que para todo tiene ya una respuesta elaborada y fundamentada. Posee gran capacidad de abstracción y tiende al pensar lógico, aunque su lógica adolezca de caracteres demasiado personales. Su modo particular de razonar, distinto al normal, hace que las conclusiones que extrae sean también diferentes a las que sacaría de ellos un individuo corriente («la experiencia me ha demostrado —dice— que lo que a mí me parece claro y evidente, casi nunca lo es para el resto de mis semejantes»), razón por la cual consideramos este rasgo suyo como propio de los paranoicos, lo mismo que su desconfianza y su extrema sensibilidad hacia los que considera desdenes. Pese a que tiene la tendencia a estar continuamente razonando (en forma silogística, como ya pudimos notar), no puede hacerlo con comodidad cuando hay alguien cer-

ca. La presencia ajena le molesta porque le impide pensar con tranquilidad.

«Al no poder darme cuenta de la raíz de esta tristeza, me ponía malhumorado, nervioso; por más que trataba de calmarme prometiéndome examinar el fenómeno cuando estuviese solo» [108].

Esta intensa vida psíquica de Castel, probablemente, se agudiza debido a su falta de relaciones con el mundo exterior. Esto lo conduce también a fantasear y a vivir sucesos en la imaginación. Lo último se le produce especialmente en sus noches de insomnio, en las que, «teóricamente», se muestra mucho más decidido que en el día frente a los hechos concretos. Esta costumbre de fantasear y vivir sucesos en la imaginación lo introduce en los peligrosos senderos de la mitomanía: se forja ideas de las que nadie puede sacarlo, salvo un posterior razonamiento.

Como narrador de sus desventuras, Castel no se revela como un perfecto esquizotímico, ya que se caracteriza por la extremada prolijidad y detallismo, rasgos propios del ciclotímico. Su prolijidad, sin embargo, la interpretamos como una condición esquizofrénica, ya que los esquizofrénicos poseen una excelente memoria, pero carente de capacidad selectiva. Así, por ejemplo, cuando evoca su llegada a la estancia de Hunter y sus conversaciones con éste y Mimí, recuerda una pregunta que le hizo ella y la consigna en el relato, pero se auto-corrige:

«No, ahora recuerdo, eso me lo preguntó después que bajamos» [103].

Como vemos, el hecho carece por completo de interés, pero el prolijo Castel, que lo recuerda, no puede dejar de decírnoslo y, no sólo eso: no quiere que haya ningún error o falta a la verdad absoluta en su confesión.

Rasgos esquizofrénicos son también su facilidad para las asociaciones que lo alejan del tema inicial; su actitud de distanciamiento del mundo; su autismo; el delirio de persecución y el de significación que evidencia cuando da interpretaciones subjetivas y erradas a los hechos que ocurren en torno suyo; las continuas sensaciones de horror y desesperación; su sentimiento de encontrarse solo en el mundo y las alucinaciones que tiene cuando está seguro de que María acaba de sonreír (lo que es falso).

Los rasgos del cerebrotónico que Kretschmer señala para el esquizotímico, y también los que Sheldon agrega, se dan en nuestro personaje. La sobrerrespuesta fisiológica la observamos en la reac-

ción de su piel a la picada de los piojos de la cárcel. Todas sus reacciones, por otra parte, son más que rápidas, tanto en los movimientos como en la respuesta oral y en el pensamiento. Su disgusto ante la espera es notorio y lo manifiesta poniéndose nervioso o montando en cólera, cólera que demuestra ante la persona esperada, inclusive.

El afán introspectivo de Castel es permanente, enfermizo: cae en la manía. Su inseguridad también tiene iguales características, ya que la desconfianza es una constante en su personalidad. Como a todo cerebrotónico, le falta autodominio. Sus emociones hacen presa de él y lo trastornan por completo, en especial cuando desea impresionar favorablemente. Recordemos que cuando está a punto de entrar en relaciones amistosas con María, frases y más frases que había elaborado semanas antes forman un tumultuoso rompecabezas en movimiento y no atina más que a decir sandeces.

Cuando asiste (porque un conocido prácticamente se lo impone) a un coctel de la Sociedad Psicoanalítica, se siente desesperado ante el ambiente espeso de gente reunida (demofobia), a la que juzga grotesca. El lenguaje que emplean los asistentes, que le parece sucio, le molesta hasta el punto de producirle desazón física. Pretende buscar refugio, arrinconarse, pero todos los sitios están atestados y no tiene más remedio que huir.

Sus relaciones, en general, no pueden preverse, puesto que pasa sin transición de uno a otro estado anímico totalmente opuesto y desconcertante.

Sus problemas psíquicos le impiden conciliar el sueño. Como vive torturado por dificultades reales o imaginarias, duerme muy poco. Pretende narcotizar su desesperación con alcohol, pero éste lo abate y lo deprime aún más, ya que la inquietud anterior se le transforma en una angustia intolerable.

Un solo rasgo somatotónico hemos advertido en nuestro personaje, y es éste la facilidad (propia de la característica insensibilidad psicológica del mesomorfo) para racionalizar el acto de matar, que no le despierta escrúpulo de conciencia alguno. Con una frialdad abismante nos dice:

«Hasta cierto punto los criminales son gente más limpia que otros humanos, más inofensiva; esta afirmación no la hago porque yo mismo haya matado a un ser humano: es una honesta y profunda convicción. ¿Un individuo es pernicioso? Pues se lo liquida y se acabó. Eso es lo que yo llamo una *buena acción*. Piensen cuánto peor es para la sociedad que ese individuo siga destilando su veneno y que en vez de eliminarlo se quiera contrarrestar su acción recurriendo a

17

anónimos, maledicencia y otras bajezas semejantes. En lo que a mí se refiere, debo confesar que ahora lamento no haber aprovechado mejor el tiempo de mi libertad liquidando a seis o siete tipos que conozco» [12].

Castel no posee esa «orientación hacia los períodos avanzados de la vida» de que habla Sheldon, ya que está convencido —como buen neurótico— de ser un obstáculo en su propia vida, de que no podrá jamás alcanzar la felicidad. La infancia y la juventud han sido para él edades penosas; pero su edad adulta también. Para él no hay remedio. Mil veces ha deseado suicidarse, y, pese a que el suicidio, después de su crimen, es una necesidad y una liberación, sigue viviendo. Continúa en su túnel, pero solo... Ha visto que ese túnel que era para él su vida solitaria, oscura y sin perspectivas, no pudo acercarse al otro túnel, al de María, que los pasadizos no lograron comunicarse y que deberá continuar irremediabilmente solo, pero ahora encerrado en los herméticos muros de ese infierno que es la cárcel.

MYRIAM BUSTOS ARRATIA y RAUL J. TORRES MARTINEZ

Apartado 440 San Pedro
San José
COSTA RICA

B I B L I O G R A F I A

- Ahumada, Oscar: *Psicología fundamental*, Santiago de Chile, Departamento de Publicaciones del Liceo Experimental «Manuel de Salas», 1959.
- Freud, Sigmund: «La interpretación de los sueños», tomos VI y VII de las *Obras completas*. Traducción directa del alemán por Luis López-Ballesteros y de Torres, Madrid, Biblioteca Nueva, 1923.
- Horney, Karen: *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Biblioteca de Psicología Profunda, Editorial Paidós, 1951.
- Kretschmer, Ernesto: *Constitución y carácter*, España, Editorial Labor, Sociedad Anónima, 1947.
- Sábato, Ernesto: *El túnel*, Buenos Aires, Emecé Editores, S. A., 1951.
- Sheldon, William y S. S. Stevens: *Las variedades del temperamento*. Psicología de las diferencias constitucionales, Biblioteca de Caracterología y Tipología, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1955.